

mi mano, en los días alegres de la infancia; abren allá sus enormes bocas las cuevas del Lobo y la *des Espelungues*, tapizadas y ceñidas de verdores sempiternos; y en vez del establo bendito de Belén donde hacía yo prosternar bestias de arcilla ante el único Rey que no fué barro; caí de hinojos en la santa gruta de Lourdes, frente una purísima Doncella envuelta en blancas vestiduras, con ceñidor celeste, al leer, escrito en oro sobre su cabeza virginal estas palabras: «*Yo soy la Inmaculada Concepción.*» ¡ Dichoso día !

Llegar á Lourdes es respirar piedad, sentir fe, palpar amor, tener el alma agitada por emociones de dulce beatitud é inundado el corazón de fervores inusitados; entrar en la villa venturosa del alto Pirineo, equivale para el cristiano á ingresar en la eterna ciudad, cuyas colinas, á los rayos del sol, desprenden vapor de sangre perfumada y efluvios de santidades envidiables.

Arribar á la poética cueva de Massabielle es para el creyente, como visitar la Casa de Loreto bajo el cielo diáfano de Italia, y algo se experimenta, parecido á la impresión que al peregrino produce en Tierra Santa subir apenado á la cumbre del Gólgota, ó bajar de rodillas hasta el Sepulcro santo en la inmortal Jerusalém.

Una lluvia sutilísima, pero incesante, caía de las nubes, cuando apeé del faetón en el vestíbulo del *hôtel*, é instalado brevemente, me dirigí ansioso por el parque, en que se eleva la estatua del Arcángel Príncipe de las celestes milicias, á la gran basílica Mariana á cuyo frente quedé suspenso de admiración.

Tres iglesias, una sobre otra, con sus tres fachadas, de combinación tan grandiosa como perfectamente armónica, rematadas por una torre atrevidísima, y dos colosales escaleras á los lados, forman en conjunto el soberbio edificio, imponente monumento levantado por la piedad universal, por el filial amor de los cristianos de todo el orbe á la Madre del Amor, como consagración humana del siglo más incrédulo al misterio más grande en lo sobrenatural, al dogma de la Concepción inmaculada declarado solemnemente en medio de himnos y cánticos del mundo entero, por el Pontífice del *Non possumus*, cuatro años antes de que la Virgen María hiciese su aparición á la hija del pobre molinero por entre las grie-